

Crítica de Arte

LAS EXPOSICIONES DEL MES

En la Sala del Ministerio de Educación ha expuesto *Susana Mardones*. La obra de esta pintora es de muy difícil clasificación. No es la suya—como se ha dicho—en el rigor del término, una pintura abstracta.

En torno a lo abstracto en las artes figurativas suele existir un equívoco bastante difundido. Toda imagen hermética es incluida dentro de esa clasificación, cayendo, quienes lo hacen, en el error. De una manera rápida podemos decir que lo abstracto supone, fundamentalmente, elaboración mental. Lo abstracto es, en cierto modo, la morfología del pensamiento y no se opone, en lo que hace referencia a la plástica, a lo concreto. Es abstracto Byron Browne en su *Trombone Solo*, puesto que el ritmo de los triángulos con sus diversas tonalidades gríseas, supone una celebración imaginativa a priori. La creación plástica, en este caso, tiene una realidad mental. Es, sin duda alguna, una metáfora, una trasposición ideética, la traducción de un pensamiento. Es también abstracta la tela *Contraste de formas*, de Fernand Léger. Aquí la realidad aparente del mundo habitual, se ha transformado en un ritmo plástico de elaboración mental.

La pintura de Susana Mardones es muy distinta. La artista ha dicho que su obra es concebida como en sueños. ¿Se tra-

tará, entonces, de un arte onírico? Los surrealistas buscan en el dominio de los sueños su temática preferida. Pensamos ahora en Chagall y en una parte de la obra de Dalí. No; Susana Mardones no tiene nada de común con el estilo figurativo de esos pintores.

Mas, tampoco podemos descartar el contacto que su obra establece con lo onírico informulado. Chagall y Dalí dan formas reconocibles a sus creaciones. Son pintores objetivos. Susana Mardones, por el contrario, nos entrega unas formas larvadas que proceden de una intvición o ensoñación— para el caso es lo mismo—de mundos increados. Se diría que su pintura es—recordando la fórmula pirandelliana—una *pittura da fare*; es decir, una pintura por hacer, compuesta por una morfología en nebulosa o galaxia que esperara la concreción de las formas habituales.

Ahora bien, y yendo a lo que nos interesa, ¿cuál es su valor desde el punto de vista plástico?

Susana Mardones, lo hemos dicho en alguna anterior ocasión, posee una poderosa sensibilidad creadora. Hay en estas imágenes que carecen de ataduras con el mundo de la realidad más inmediata y habitual, un seguro instinto de la belleza contenida en las formas puras. Y aquí si que viene bien la palabra *puras*. La emoción que se desgaja de estas obras proviene de la función automática que esa morfología desempeña,

Lo cierto es que la pintura a que hacemos referencia consigue dar virtualidad a un mundo cargado de armonías y de resonancias misteriosas y, a la vez, a una serie de formas de indudable belleza representativa, en las cuales hay hallazgos inesperados y aciertos conseguidos a través de una vocación fervorosa y sincera por las artes plásticas.

En el Museo de Arte Moderno de la Quinta Normal se celebra una retrospectiva muy importante del pintor *Alberto Valenzuela Llanos*.

En estas páginas nos hemos ocupado con frecuencia de su obra. Tracemos ahora un esquema de lo que se exhibe en dicha retrospectiva.

No es Valenzuela Llanos un impresionista, como se ha dicho.

No utiliza los descubrimientos ópticos de Chévreul.

No llega a la división del tono. Ni a la mezcla óptica.

En su pintura hay todavía resabios de la sentimentalidad romántica del siglo XIX.

Su contacto con los impresionistas está:

En la manera de dar la pincelada, en el nerviosismo para dejar el color sobre la tela, modelando los volúmenes con las anchas estrías del pincel, en la supresión del perfil de esos volúmenes, dando al paisaje una plena atmosferización. En la temática.

Se advierte, pues, que Alberto Valenzuela Llanos es un hijo de las enseñanzas fuertemente objetivistas del novecientos, influído, a la vez, por la nueva sensibilidad luminosa e impresionista de las escuelas posteriores al romanticismo y al realismo.

En una palabra. No quiso someterse a los dictados de ninguna escuela. Fué dócil, sin embargo, a las voces de su tiempo. Pero quiso, y lo logró, dar salida a su propia sensibilidad. Por eso, cuando parece que va a dirigir su minerva estética por los pasos del impresionismo, desdeña el influjo excesivo que le llega de fuera y, sin apoyarse tampoco en la objetividad, sabe mantenerse en un punto de equilibrio.

En la Sala del Pacífico expuso el pintor *Arturo Valenzuela* un conjunto de acuarelas que revelaban sinceridad para expresarse de acuerdo con su concepción peculiar de la plástica. Una entrega a lo formal, pero sin olvidar que la pintura es también una armonía de líneas, de colores y un equilibrio de las masas que entran en la composición.

En los Salones de la Alhambra expuso el pintor húngaro *Lajos Zanosá* en una obra bastante endeble y con caídas reiteradas en el sentimentalismo paisista vernacular que busca adhesiones extrapictóricas. Los intentos de una pintura «mística», reveladoras apenas de un plausible esfuerzo plástico, resultan fallidos.

En la Sala del Banco de Chile exhibió el pintor español *Federico Zabala* un conjunto de óleos a los cuales la preocupación verista, de una objetividad fotográfica y mecánica, quitaba toda belleza. Se trata de una pintura carente de emoción, de vibración estética, de gracia y donaire creador. Pero sobre esto volveremos a insistir en una próxima crónica.

En la Sala del Pacífico expuso el pintor *Roko Matjasic* un grupo de paisajes. El color, no siempre limpio, es manejado con soltura por este artista, que ha recibido, en cierto modo, el influjo de algunos maestros del postimpresionismo. Sus anotaciones del paisaje son muy agradables y frescas de color. Espontáneos, sensitivos, estos apuntes revelan la verdadera senda que debe recorrer su nacer estético.

ANTONIO R. ROMERA.